

La ética del carnicero y la ética del campesino

Acerca de valores y política ambiental

*Eduardo Gudynas**

Así como la política ha sucumbido ante la economía, y ésta ahora regentea la marcha de nuestras sociedades, de la misma manera, hoy, la ecología política enfrenta su embate. Las políticas ambientales están siendo economizadas y la conservación queda subsidiaria del mercado. Se impone una manera de concebir los procesos productivos, pero también una forma de entender el marco normativo de las relaciones entre las personas y con el ambiente.

Debe reconocerse que una concepción de la ética es inseparable de una concepción tanto del ser humano como de la naturaleza. La forma en que se determina lo que estará o no sujeto a una discusión ética, y el marco moral que se construirá a partir de ello, presupone un orden social, un tipo de relacionamiento colectivo, y consecuentemente una relación con la naturaleza.

A partir de esta constatación, en este artículo se llama la atención sobre la "economización" de la conservación, alertando que ese cambio no es neutro, y que por el contrario apega a una ética, muy antigua, basada en el egoísmo.

La ética del carnicero

La economía hoy aplicada a los recursos naturales posee una base ética. La economía clásica y neoclásica parten de un postulado que

no se pone en discusión: las personas son egoístas y se comportan buscando su propio beneficio con los menores costos posibles. Esta premisa fue presentada por Adam Smith en 1776, en su clásica "Investigación sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones".

Al considerar el "principio que motiva la división del trabajo", sostiene que el hombre sólo recibirá benevolencia si logra mover "en su favor el egoísmo de los otros y haciéndoles ver que es ventajoso para ellos hacer lo que les pide", y agrega que "No es la benevolencia del carnicero, el cervecero o del panadero la que nos procura el alimento, sino la consideración de su propio interés. No invocamos sus sentimientos humanitarios, sino su egoísmo, ni les hablamos de nuestras necesidades, sino de sus ventajas".

Esta racionalidad económica genera un marco normativo donde es el "egoísmo del carnicero" el que prevalece¹. Este fundamento no es propio ni original, y pueden encontrarse antecedentes en Thomas Hobbes o John Locke, todos con un pobre concepto del ser

¹ Los términos "ética del carnicero" se presentan únicamente a título figurativo, y no representan ningún juicio de valor del autor sobre ellos.

humano, agobiado por la sombra de un pecado original que no lograba superar. Ese fundamento dado por Smith a la economía se ha venido repitiendo hasta nuestros días; basta ver el neoclásico texto de economía de P. Samuelson.

Quien ha llevado esta vieja tendencia a un extremo ha sido Friedrich A. Hayek, el propulsor de la escuela austriaca de economía, también llamada neoliberalismo (en sentido estricto). Hayek sostiene que la sociedad está conformada por una miríada de personas, cada uno actuando egoístamente, en busca de su beneficio. No existe ni el altruismo, ni una ética en la que buscar y construir un orden más solidario. En efecto, Hayek (1990) señala que: "... nos vemos obligados a concluir que no está al alcance del hombre establecer ningún sistema ético que pueda gozar de validez universal".

Este tipo de posturas económicas neoliberales se han extendido al terreno político, teniendo una amplísima difusión en América Latina, y se han expresado en los énfasis privatizadores, la retracción del Estado, y la proclamación del mercado como suplantando a toda la sociedad. En esa misma línea se ha desarrollado un ambientalismo neoliberal o del mercado libre, que apela a ese tipo de instrumentos para el manejo de la naturaleza.

Siguiendo a su maestro, Hayek, los ambientalistas neoliberales reniegan de una ética ecológica. Por ejemplo, dos de sus figuras más destacadas, Terry Anderson y Donald Leal (1991) sostienen que el "desarrollo de una ética ambiental puede ser deseable, pero difícilmente cambiaría la naturaleza humana básica. En vez de intenciones, la correcta administración de los recursos depende de cómo buenas instituciones sociales controlan el interés personal a través de incentivos individuales".

Este no sólo minimiza las dimensiones éticas, sino que las relega con una actitud que se aproxima al desprecio, enviándolas a la cesta de lo que no es científico, sino apenas filosófico y especulativo. Atendiendo a ello, otro exponente de esta corriente, Walter Block (1992), afirma que en "un verdadero" sistema de libre empresa, los derechos de los individuos y su propiedad son sagrados y no dejan de valer por cuenta de conceptos filosóficos, como el bien público, o el interés público o el bien común".

Para el neoliberalismo la sociedad es un mercado, y éste sólo funciona con base en el interés individual, y no en atención a la solidaridad colectiva. Esos mismos mecanismos obrarían sobre la gestión ambiental, y ella sólo es posible si atiende al provecho de cada persona. Con este fatalismo, expresado como una supuesta verdad científica o histórica, se señala la imposibilidad de generar valores comunes, y por lo tanto una ética ambiental (y social) es imposible.

Como el proceso básico es el egoísmo, comportarse egoístamente no está mal en sí mismo, sino que lo que está mal son las condiciones que lo permiten o alientan. Si un empresario daña el ambiente contaminándolo, no es su culpa, y deberá ser perdonado, en tanto han sido "otros" que lo han "obligado a ello". Este extremo es defendido por Block; "...hasta un industrial imbuido del espíritu público sería forzado a escoger el camino de la contaminación. Si él invierte aisladamente en caros equipamientos de prevención de gases, en cuanto sus concurrentes invaden la propiedad de vecinos con sus partículas de polvo, estos últimos estarán en condiciones de vender abajo de su precio y hasta de llevarlo a dejar el negocio, más temprano o más tarde".

Bajo un halo de fatalismo, en tanto nadie puede escapar a un egoísmo que es presentado

como propio del hombre, se pasa a jerarquizar la competencia; la solidaridad en sí misma no existe, ni debe existir. Y si la solidaridad entre los hombres es negada y desplazada, qué decir entonces de la solidaridad con la naturaleza. Para ella tampoco hay lugar.

La erosión de una ecología política

El precepto del ser humano como esencialmente egoísta, y la reducción de la sociedad al mercado, deja sin fundamento cualquier discusión sobre el bien común. Los problemas ambientales y la escasez de recursos dejan de ser una cuestión que debe ser atendida y discutida colectivamente, ya que su solución emergerá de la dinámica propia del mercado.

En la base de esto está que el neoliberalismo no concibe *ciudadanos* sino *consumidores*. Bajo esta confusión aumenta las dificultades en generar una política ambiental. Es precisamente como ciudadano donde las personas se interesan en las cuestiones públicas que hacen a los temas de su país, mientras que cuando actúan como consumidores sólo buscan alcanzar el mejor provecho, por ejemplo comprando un bien al menor precio posible. Esta distinción, consumidor-ciudadano, es crítica para las políticas ambientales y fue realizada por M. Sagoff hace ya varios años (1988). Es que desde el mercado no se puede intentar una regulación de la vida social, un fatal error en el que caen muchas propuestas actuales en América Latina.

El énfasis mercantil hace que las relaciones sociales en el ámbito público político se erosionen y reduzcan, y así se contribuye al proceso de despolitización y descreimiento que se vive en varios países. Esto se expresa no sólo por el debilitamiento de las vinculaciones a los partidos políticos tradicionales, sino también en dejar en entredicho la legitimidad del Estado y de la práctica política que lo sustenta. El ámbito público parece reducirse al

mercado.

Estos y otros aspectos terminan erosionando la dimensión política (en su sentido amplio) de la gestión ambiental. O bien se queda estancada en "políticas sin debate", tal como señala J. O'Neill (1993). Este autor apunta acertadamente que si las concepciones del bien común "no tienen un lugar en la justificación de la política, entonces la política se convierte en un método de agregación de cualquier ideal que pasen a tener las personas, sin discutir o juzgar esos ideales", y agrega que si éstos son tratados como deseos o preferencias, la "política se convierte entonces en un ámbito subrogado del mercado donde los argumentos normativos sustantivos son irrelevantes. El análisis de costo-beneficio provee el más claro ejemplo de ese tipo de racionalidad técnicamente concebida. Si la política es el foro que incluye los argumentos racionales sobre los fines, entonces la neutralidad cae".

Por esta razón, un camino alternativo al planteado por el ambientalismo del mercado libre, es recuperar esta discusión sobre el bien común, y ampliarla para atender adecuadamente los problemas ambientales. Esto exige un punto de partida ético.

La ética del campesino

Una actitud distinta, que no sea la del "egoísmo del carnicero", y sirva como punto de partida, podría ser llamada como "ética del campesino", apelando a la amplia tradición de pensamiento que vincula al ser humano solidariamente dentro de una comunidad y con la tierra.

Esta perspectiva es típica de varias tradiciones culturales, y en particular en América Latina existen muchos ejemplos, algunos muy antiguos en tanto están ligados a las culturas de Mesoamérica y los Andes. Allí la comunidad agraria era una expresión tanto de

relaciones sociales como ecológicas. En los Andes, Rodolfo Kusch ha llamado la atención de que la persona era un *estar aquí*, donde la comunidad lo era en tanto manejaba la tierra. Existen otros ejemplos, como el del *yo expandido* de los guaraníes.

Antecedentes similares también se pueden encontrar en el pensamiento occidental. Una forma análoga de pensar (y sentir) un esquema valorativo de ese tipo ha sido planteada por el filósofo noruego Arne Naess, quien sostiene que los seres vivos, plantas y animales, y los ecosistemas como conjuntos, poseen *valores propios o intrínsecos*, independientes de los valores de uso o cambio que les pueda asignar el hombre.

Esta "ética del campesino" se presenta aquí a manera de ejemplo. No quiero significar que deba ser tomada como un paquete cerrado, como un todo, pero sí para rescatar allí elementos valiosos, y sobre todo, la evidencia de alternativas. En particular deben subrayarse su apuesta a los aspectos más positivos del ser humano, tales como la solidaridad y el altruismo, y una vinculación expansiva hacia lo no-humano, donde la valoración no pasa por valores económicos, sino que se rescatan otros, como los estéticos, afectivos, religiosos, etc.

Ecología social y la ética sociambiental

La naturaleza, que estaba por fuera de la discusión ética, ahora pasa a ser sujeto en ella. ¿Difícil? Ciertamente, y mucho. No hay recetas ni respuestas claras. Pero mientras la "ética del carnicero" excluye la posibilidad misma de esta búsqueda, la del campesino abre las puertas a su búsqueda. La ética de Hayek es fatalista y nos encierra. Las otras son generosas y nos animan.

La ecología social pone en el tapete estos problemas. Debe reconocerse que las

concepciones actualmente dominantes del desarrollo se basan en la "ética del carnicero", y la reproducen continuamente. La vida social se fragmenta, y el desarrollo se reduce al crecimiento económico. Esa misma visión conlleva una concepción de la naturaleza como canasta de recursos a ser tomada y manipulada. De hecho, nuestras relaciones sociales expresan nuestra relación con el entorno natural.

Comprender esto demuestra la necesidad de recuperar la dimensión ética de las políticas ambientales. Y esto es urgente, porque todos estamos necesitados de recuperar el altruismo para darle un nuevo sentido a la justicia: para que sea social y ecológica.

Por ello, la defensa del ambiente pasa por rescatar una vida social más solidaria y vigorosa. De la misma manera la recomposición y revitalización de la política exige conservar la naturaleza. Uno y otro sólo son posibles si rescatamos lo mejor de nosotros, la solidaridad. No es solamente recuperarla, sino ampliarla hasta abrazar el entorno natural.

Referencias bibliográficas

- Anderson, T.L. y D.R. Leal. 1991. Free market environmentalism. Pacific Research Institute for Public Policy y Westview Press; Boulder.
- Block, W.E. 1992. Problemas ambientais, solucoes de direitos sobre a propriedade privada, pp 221-277, En: "Economía e medio ambiente: a reconciliao", Instituto Estudos Empresariais y Ortiz, Porto Alegre.
- Gudynas, E. 1995. Ecología, mercado y desarrollo. Vintén, Montevideo.
- Hayek, F.A. 1990. La fatal arrogancia. Los errores del socialismo. Unión Editorial, Santiago.
- Keane, J. 1992. La vida pública y el capitalismo tardío, Alianza, Madrid.
- Kusch, R. 1986. América profunda. Bonum, Buenos Aires.
- Naess, A. 1989. Ecology, community and lifestyle. Cambridge Univ.Press, Cambridge.

**Coord. del Centro L.A. de Ecología Social.*